

**INTERVENCIÓN DEL VICEPRESIDENTE EN LA
CONFERENCIA INTERNACIONAL ABC SOBRE
EUROPA Y AMÉRICA
MADRID, 16 DE ABRIL DE 2007.**

Buenas tardes, señoras y señores,

Quisiera comenzar mi intervención agradeciendo a D. Carlos Solchaga, Presidente de la Fundación Euroamérica, a D. Francisco González, Presidente de BBVA, y al diario ABC, la amable invitación para participar en esta IV Conferencia Internacional de ABC sobre Europa y América.

Esta Conferencia es un buen punto de encuentro para intercambiar reflexiones sobre la perspectiva actual de las relaciones entre nuestros dos continentes.

Permítanme presentarles algunas ideas sobre la situación económica tanto en América como en Europa, que espero sirvan para introducir el debate posterior.

La coyuntura económica del continente americano en los últimos años se ha caracterizado por un intenso crecimiento del PIB.

En efecto, la economía estadounidense, a pesar de su reciente desaceleración, terminó 2006 de nuevo con una tasa de crecimiento por encima del 3%, concretamente del 3,3%. Por su parte, la economía canadiense presentó por tercer año consecutivo una expansión de su PIB también en torno al 3% del PIB.

La bonanza económica se ha extendido también a las economías latinoamericanas, donde la expansión ha sido aún más intensa. Con datos del Banco de España, la actividad de este área se aceleró en 2006 hasta alcanzar un crecimiento promedio anual del PIB del 5,3%, siendo el tercer año consecutivo con aumentos superiores al 4%, en lo que es ya el trienio de mayor impulso económico desde los años 70. Asimismo, resulta destacable la aceleración de su crecimiento económico en la segunda mitad del año, cuando tendía a moderarse la expansión de la economía mundial, y de la estadounidense en particular.

Cabe resaltar también, y en parte relacionado con la anterior observación, que una característica del crecimiento en el continente americano es el dinamismo de la demanda interna. En todos los países, la demanda de consumo contribuye significativamente al crecimiento económico. Otro tanto puede decirse de la demanda de inversión, con

la notable excepción, recientemente, de la economía estadounidense. De hecho, en las economías latinoamericanas la reactivación de la inversión en la segunda mitad del pasado año permitió alcanzar ratios de inversión sobre PIB máximos de los últimos años, similares a los de finales de los años 90. A este respecto, cabe destacar el papel jugado por la tendencia a la baja de los tipos de interés reales y la mayor disponibilidad de financiación, lo que es particularmente importante en las economías latinoamericanas, caracterizadas por una relativamente limitada profundización financiera.

Otro rasgo notable en la actual coyuntura económica en América es la mejora generalizada en la evolución de la inflación. La moderación del crecimiento del nivel general de precios se ha extendido también a los países latinoamericanos, que en conjunto y según las cifras recogidas por el Banco de España concluyeron 2006 con una tasa promedio anual del 5,2%, que contrasta con la media del 13,2% que presentó la región, en términos interanuales, entre 1995 y 2003.

Finalmente, en lo que respecta al saldo de la balanza por cuenta corriente, tanto Canadá como las economías latinoamericanas presentan saldos positivos. En realidad, la

reorientación de las economías latinoamericanas desde una posición de prestatarias del resto del mundo a presentar superávit por cuenta corriente es un acontecimiento inédito. Esta situación contrasta con el déficit por cuenta corriente de Estados Unidos, estimado en torno al 6,5% del PIB el pasado año.

En definitiva, se trata de una evolución en términos generales muy favorable, que se ha fundamentado en una aplicación más rigurosa de la política económica en el conjunto de las economías del continente americano, y en el aprovechamiento de las oportunidades ofrecidas por la mayor integración de las economías a nivel internacional. Permítanme hacer un repaso somero de estas ideas.

Un rasgo que quisiera destacar es la aplicación más rigurosa de la política económica en Latinoamérica.

La existencia de regimenes de tipo de cambio flexible ha dotado a la política monetaria de un mayor margen operativo, que se ha utilizado en el objetivo de la estabilidad de precios, con los favorables resultados a los que antes hacía mención. Lograr que se reconozca la existencia del compromiso con la estabilidad de precios no

es nunca una tarea fácil. En realidad, la ejecución de la política monetaria no ha sido sencilla, y menos si se tiene en cuenta la notable acumulación de reservas externas, favorecida por los superávits por cuenta corriente.

Asimismo, las economías latinoamericanas han llevado a cabo un notable proceso de consolidación de las finanzas públicas, resultado de la conjunción de una disminución de los pagos por intereses y del incremento de los superávits primarios. Es cierto que existen en este campo retos a medio plazo, pero en este ámbito los avances han sido significativos.

También son reseñables las acciones emprendidas en el campo financiero, que han reforzado la posición de Latinoamérica en el sistema financiero internacional. Además de la acumulación de reservas, se han hecho esfuerzos para desarrollar los mercados locales de capitales, disponer de una regulación más estricta y hacer reformas en la normativa mercantil. En general, las economías latinoamericanas presentan una posición financiera más robusta, lo que ha quedado reflejado en su favorable adaptación a la orientación más restrictiva de la política monetaria a nivel global desde 2004, en particular en Estados Unidos, y en su capacidad de resistencia frente

a las turbulencias financieras recientes, tanto en este año como en el pasado.

Otra característica que quisiera subrayar es el aprovechamiento que nuestras economías, a ambos lados del Atlántico, están haciendo de las posibilidades de la mayor integración económica, dentro del contexto general de globalización de la economía.

En efecto, las relaciones económicas que ligan nuestros continentes han alcanzado niveles extraordinarios, lo que ha conducido a hablar de una Economía Transatlántica. Baste citar, por ejemplo, los flujos entre la Unión Europea y los Estados Unidos. El pasado año, las relaciones comerciales superaron los 600 mil millones de euros, equivalente, aproximadamente, al 40% del comercio internacional mundial. Por su parte, el stock de inversión bilateral supera el billón y medio de euros. En cuanto a flujos financieros, el pasado año ascendieron por encima también de 600 mil millones de euros. En definitiva, nuestras relaciones económicas se encuentran a la vanguardia de la globalización. Las consecuencias están siendo lógicamente muy significativas.

En economías con estructuras productivas relativamente similares, el comercio internacional, bajo forma intraindustrial, está permitiendo la posibilidad de explotar economías de escala y alcance, y una continua ampliación de las variedades, y de los propios productos, que pueden considerarse como comercializables internacionalmente. El resultado último es una clara mejora de bienestar.

Las economías con una mayor especialización en la producción de materias primas, se han beneficiado del incremento de las exportaciones y de la mejora de la relación real de intercambio en su comercio, aunque este hecho está sujeto a la volatilidad de los precios de las materias primas. En general, en economías con estructuras productivas más diferenciadas, la mayor integración está permitiendo la mayor explotación de las respectivas ventajas comparativas a través del comercio interindustrial, con resultados también positivos sobre el bienestar.

Por otra parte, los flujos de los factores productivos están teniendo también efectos muy notables.

La movilidad del trabajo, por ejemplo, sin olvidar sus implicaciones sociales, está permitiendo en buena medida dinamizar el mercado de trabajo de los países de acogida,

ofreciendo una mayor capacidad de adaptación a su oferta agregada. Al tiempo, se configura como una de las principales fuentes de transferencia de recursos hacia los países de origen, a través de las remesas de emigrantes, lo que contribuye a un incremento de su dotación de capital, muchas veces de forma muy significativa.

En lo que respecta a los flujos de inversión, están permitiendo habilitar el tradicional canal de transferencia de tecnología y de nuevas capacidades de gestión empresarial. Este hecho es particularmente relevante en el contexto reciente de profundas innovaciones tecnológicas, asociadas en gran parte con los avances en la tecnología de la información. Una consecuencia importante es la potencial extensión de los aumentos de productividad que se han observado en las economías más avanzadas, lo que finalmente tiende a traducirse en un incremento de la renta per cápita.

Asimismo, el incremento de los flujos financieros y de la variedad de activos en los que se articulan, son representativos de una tendencia hacia mercados de capitales más perfectos, que permiten una más eficiente asignación de este recurso, así como de los riesgos. De esta manera se reducen las restricciones financieras a la

hora de tomar decisiones de consumo e inversión, permitiendo a los agentes lo que llamamos la optimización intertemporal de sus decisiones de consumo. El nuevo contexto redundará en una mayor capacidad de captar -y conceder- financiación, que tiene su reflejo a nivel macroeconómico, en una mayor dispersión de los saldos de la cuenta financiera y de la balanza por cuenta corriente.

Esto no significa, sin embargo, que los desequilibrios por cuenta corriente sean irrelevantes, y de hecho este es uno de los retos, entre otros, a los que debe hacer frente la economía transatlántica en los próximos años.

En efecto, los favorables resultados recientes de nuestras economías se hallan confrontados a un ajuste no traumático de los desequilibrios globales, entre los que sobresale el déficit por cuenta corriente de Estados Unidos. Más allá de cuando se producirá una reversión de la situación actual, la cuestión verdaderamente relevante es el proceso de ajuste y cómo asegurar que se minimicen sus posibles costes.

En esta tarea, las autoridades de política económica tenemos que afrontar nuestras respectivas

responsabilidades. En el caso de Estados Unidos y de la Unión Europea, éstas pasan, en primer lugar y respectivamente, por una consolidación de las finanzas públicas y por el impulso de las reformas que dinamicen el crecimiento económico. Creo que se han producido ya algunos progresos, aunque no podemos ser complacientes. De cualquier forma, el ajuste de los desequilibrios globales es una tarea a afrontar a nivel mundial y estoy seguro que la cooperación internacional seguirá jugando un papel relevante.

También es importante garantizar la flexibilidad de precios y la no existencia de trabas innecesarias que dificulten los flujos de factores y productos, para favorecer así la adaptación de los mercados y minimizar los costes de ajuste. Para ello, las autoridades debemos seguir perseverando en la integración de nuestras economías.

En realidad, esto es importante no solo para contribuir a una corrección gradual de los desequilibrios, sino también para intensificar los beneficios a los que ya he aludido. En definitiva, profundizar nuestras relaciones económicas es en sí un reto a afrontar en los próximos años.

A este respecto, creo que los avances más significativos se derivarán del mantenimiento de un enfoque comprometido con la liberalización multilateral de los flujos comerciales, así como de los progresos en cooperación reglamentaria, que permitirá promover mayores flujos tanto de productos como de factores.

Sabemos que la mayor integración de las economías no puede tomarse necesariamente como inamovible. Como la historia nos ha enseñado, los avances en la integración se acompañan de la oposición de aquellos agentes que no se benefician de las mejoras globales de bienestar o que, incluso, ven deteriorarse su situación económica. Estos perjuicios se relacionan con las variaciones en la estructura productiva y con el impacto distributivo asociados con los cambios en los precios relativos de productos y factores. Hacer frente a ellos pasa, en buena parte, por una mejora de los sistemas educativos y de la formación continua de los trabajadores, así como por el diseño de redes sociales que proporcionen un soporte adecuado a los afectados, sin obstaculizar los cambios.

Quisiera concluir mi intervención resaltando los beneficios que nuestras economías han extraído ya de su mutua

interrelación, y de la integración económica en general. Como la teoría económica sugiere, y la experiencia histórica muestra, la intensificación de los intercambios ha favorecido sin duda una mayor prosperidad.

Las autoridades económicas tenemos la responsabilidad de alentar y promover dicha integración, teniendo en cuenta también los costes de ajuste. A este respecto, permítanme expresar mi confianza en los resultados de la cooperación entre las autoridades económicas a ambos lados del Atlántico. Espero que un buen ejemplo de ello sean las próximas Cumbres entre la Unión Europea y Estados Unidos, (y entre la Unión Europea y Canadá). Estoy seguro que estos encuentros van a permitir reforzar nuestra ya intensa integración económica, coherentemente también con nuestro compromiso con las negociaciones de la ronda de Doha y con el sistema multilateral de comercio,

Muchas gracias.